

Los últimos analíticos: Anthony Kenny y Ernst Tugendhat

Javier Sádaba

El destino de la filosofía analítica ha sido, como no podía ser de otra manera, verbal. Algunos, como es el caso claro de Rorty, han entendido por filosofía analítica la filosofía lingüística. Y dado que la filosofía lingüística sería un producto oscuro han decretado su defunción. Es ésta una línea argumentativa general que, salvo excepciones como la de H. Putnam en su revisión de Wittgenstein, tiene en la actualidad éxito en el mundo de la filosofía. Otros, por el contrario, identifican analítico con científico. El resultado es que la filosofía analítica habría desaparecido superada por una filosofía cuyo método no es otro sino el de la lógica y el de las ciencias empíricas. Por eso, no es extraño, y por poner un ejemplo entre mil, que cuando todavía recientemente el fallecido C. Nino quiso dar cuenta de la filosofía analítica política lo redujo a Rawls y a la legión de sus detractores. Cuando, curiosamente, Rawls, nada más comenzar su obra principal, lo primero que hace es descartar dicha filosofía analítica. Es ésta la situación. De ahí que si uno lee las discusiones actuales, por ejemplo en filosofía de la mente, rara sea la cita de Kenny. Una filosofía de la mente naturalizada y fisicalista que va de Quine a Davidson, entre otros muchos, no se molestará en tener en cuenta lo que se considera sin más el fallecido lenguaje ordinario. Aunque, dicho de paso, que no se cite a alguien no significa que éste carezca de importancia. Así, J. Watson, premio Nobel y primer director del Proyecto Genoma, en la mejor exposición que tal vez se haya hecho de la biología molecular actual, no cita a Severo Ochoa más que en una nota perdida.

A pesar de lo expuesto, con una caracterización más adecuada de la filosofía analítica, podríamos rescatarla de las críticas que se han hecho ya comunes. Antes de pasar a enumerar las condiciones en cuestión, conviene señalar que el alemán tiene un término mucho más rico a la hora de describir lo que es la filosofía analítica. El término no es otro que *Sprachanalytische Philosophie* (una posible traducción sería ésta: Filosofía analítico-lingüística). Es precisamente el título que da Tugendhat a uno de sus libros. Todavía más, Tugendhat cree que una filosofía analítica bien entendida y deudora de Wittgenstein enlaza con Aristóteles y hasta —quien iba a decirlo— con Heidegger. Y A. Kenny, por su parte, piensa que la filosofía analítica,

de la que se declara decidido partidario, entronca con Aristóteles y con el mejor tomismo, o sea, con Santo Tomás. A. Kenny, en uno de sus libros más recientes, *The Metaphysical of the Soul*, trata de poner al día la conocida obra de Ryle, escrita en 1949, *The Concept of Mind*. Y es que, siempre según Kenny, la obra de Ryle (que no la de Moore u otros) marcaría, bajo el impulso del segundo Wittgenstein el comienzo de la filosofía analítica en sentido estricto. Y él sería el representante actual de tal manera de filosofar.

Antes de pasar a la descripción de una filosofía analítica recuperable en nuestros días no estará de más detenernos brevemente en un ejemplo. Fijémonos en el tan traído y llevado concepto de intencionalidad. Kenny no se entretiene, como hace la filosofía de la mente más científica, en estudiar las diferencias o no entre causas y razones. Le interesa mucho más distinguir entre motivos e intenciones. Un acto intencional es un acto en el que se dan razones de tal acción. El motivo es lo mismo sólo que mirando al pasado. Es obvio que en las acciones humanas, y especialmente en moral, las razones intencionales son fundamentales. Porque al margen de motivaciones, motores, impulsos o deseos, a un agente le adscribimos responsabilidad en función de las razones que da de cara a lo que realiza. Tugendhat, por su parte, y ajeno también a la distinción entre causas y razones, diferenciará tajantemente entre motivos y razones en la acción moral. Así, las razones sirven para argumentar a favor o en contra de una determinada teoría moral mientras que los motivos tienen que ver con las decisiones que tomamos los seres humanos para entrar o no en el mundo de la moralidad. ¿Qué conclusiones se pueden sacar de tales ejemplos? En lo que atañe a Kenny es sumamente importante, y hoy más que nunca dado el desarrollo de la biotecnología, saber no tanto cómo operamos en nuestra conducta sino qué elementos de responsabilidad nos pertenecen. Cualquier tipo de confusión puede tener consecuencias más que nefastas. Y en lo que atañe a Tugendhat, y a pesar de que lo tajante de su distinción me parece exagerada, es un test necesario para distinguir entre niveles de moralidad. No es lo mismo ser moral maximizando para que no me roben que ser moral porque quiero, como sujeto humano, aumentar en humanidad.

Podemos ya pasar a aquellas condiciones que nos posibilitarían poder seguir hablando de una filosofía analítica que merezca la pena. No de una filosofía analítica de segunda fila y para temas de segunda división. He aquí tales condiciones:

1) El lenguaje, sin ser el único, es un instrumento esencial para filosofar. Esta afirmación, aparentemente trivial, se olvida con una frecuencia extraordinaria. En el lenguaje, en su significado si se quiere, han cristalizado nuestros fracasos y nuestras conquistas. El lenguaje tiene no poco de selección natural. Conviene, por tanto, atender a él.

2) El ser humano, en buena medida, es lenguaje. No en el sentido de Quine y según el cual todo encaja en el lenguaje sino en cuanto que somos *Homo sapiens sapiens* o seres humanos actuales o modernos porque tenemos lenguaje. Como escribe Kenny, tenemos conciencia porque tenemos lenguaje. Y como insiste una y otra vez Tugendhat, la actividad reflexiva humana consiste, antes de nada, en dar razón (*logon didonai*) que decían los griegos.

3) La filosofía, por tanto, tiene como uno de sus momentos más propios el análisis conceptual. Bien es verdad que muchos, desde D. Davidson, han puesto en

cuestión la misma idea de esquema o concepto. Pero al margen de precisiones internas respecto al modo de funcionar de la mente, parece que tiene razón Tugendhat. Y parece que tiene razón cuando sostiene que es imposible aclararnos en filosofía si no nos aclaramos antes sobre el significado de las palabras que usamos. Y tal significado sólo lo logramos explicando el uso de las palabras que estamos aplicando a éste o a aquel asunto.

4) La mejor tradición filosófica ha actuado según los modos que acabo de exponer. Podría parecer una pedantería tal afirmación. O peor aún, una actitud dogmática. Porque, ¿quién podría señalar la mejor tradición? O, todavía más, ¿quién está autorizado para seleccionar la mejor tradición filosófica? Es un hecho, sin embargo, de sentido común que Aristóteles, Santo Tomás o Kant son referencias obligadas. Todos ellos practicaron el análisis categorial. Por tanto, no es ninguna exageración decir que se está en buena vía si sigue uno a esas figuras. Y en lo que respecta a Santo Tomás, si alguien tuviera alguna objeción o prejuicio se le podría recordar lo que dice B. Russell del Santo. Y lo que dice es que si tuviera que escoger entre Santo Tomás y Rousseau se quedaría, de nuevo, con el Santo. A. Kenny va más lejos. Llega a afirmar que Santo Tomás debe de contar entre la docena de los mejores filósofos de la Filosofía occidental. Añadamos nosotros que estamos hablando de su inteligencia a la hora de hacer filosofía. No de lo que nos dice del matrimonio, de si los ángeles agotan o no una especie (aunque lo mejor que dice de la predicación lógica se encuentre en un opúsculo en el que se pregunta si los ángeles componen o no un número par) o de los dones del Espíritu Santo.

5) La filosofía, si no quiere caer en la seudociencia o rozar la religión, debería ser parcial. Dicho de otra manera, debería abordar los problemas fragmentariamente. Debería, en suma, disponer de un método que le llevara a clarificar los problemas y a ofrecer soluciones que, después, cada uno seguirá o no seguirá. La filosofía, en consecuencia, es más un método, una manera de argumentar, una habilidad, un intento por ser artista en las distinciones que una cosmovisión. ¿Renunciamos entonces a tener una visión total del mundo que es precisamente lo que ha caracterizado la filosofía? No, lo que digo es que esto último, si se da, se dará por añadidura. Más aún, siempre será una síntesis provisional. El método filosófico, sin embargo, permanece. No es eterno, desde luego, pero dura o debe durar mucho más que las precipitadas ideas que intentan englobar todo lo que existe. E incluso lo que no existe.

Las cinco condiciones expuestas pertenecen al modo de hacer filosófico de los dos autores citados. Y si tales condiciones deben no sólo ser satisfechas sino mantenerse, la filosofía analítica no tiene por qué reducirse a mero análisis lingüístico o ser subsumida en una filosofía científica. Así, puede tener vida dicha filosofía. Por lo tanto, larga vida a la filosofía analítica.